LAURA DE AYER, LAURA DE HOY

-Es una ganga –insiste el dependiente, sonriendo bajo el abundante bigote. Siempre me han gustado los hombres con bigote blanco: me hacen pensar en esos doctores de las películas que se meten en un montón de líos con el fin de mantener intachables su comportamiento y su conciencia. También creo recordar que el gruñón pero entrañable abuelo de *El Pequeño Lord* lucía un mostacho de ese tipo.

-Y te la doy con todo lo que trae –me ofrece ahora, para más inri. Lo que yo necesito es una estantería sólida ¡y vacía! para meter mis libros. Si me la llevo ya “vestida”, ¡menudo negocio!

Después, por supuesto, la curiosidad me hace sacar un libro al azar y empiezo a hojearlo. ¡Es nada menos que *Mujercitas*! Cojo otro: ¡*Tom Sawyer*! Clásicos juveniles, mis amigos, los que nunca me decepcionan. Hay también un par de carpetas de dibujo grandes y cuatro o cinco libros más. El resto son cuadernos de música, le servirán a Paolo y, si no, siempre pueden volver a cualquier Segunda Mano.

El precio es absurdamente bajo, hasta ridículo comparado con lo que me hubiera costado de haber ido a cualquier gran almacén a comprarla nueva. Y nada de aglomerado: sencillo pero consistente pino, con su bella veta que se trasluce bajo una capa de pintura mal extendida.

-Me lo llevo –resuelvo, sintiéndome mujer de mundo al poder decidir por mi cuenta, sin consultar con nadie, comprando yo y pagando yo. Nunca me han gustado las tarjetas –mi madre me ha advertido mucho en su contra- pero sé que es lo más práctico y menos arriesgado: no es aconsejable llevar grandes cantidades de dinero encima. Para mí, todo lo que pase de treinta euros es una gran cantidad de dinero.

-¿Aceptan tarjetas? –pregunto.

Mientras el *caballero* –este parece ser el término que mejor le define- del bigote blanco apunta mi dirección, yo voy ya, in mente, aplicando decapante, lijando cuidadosamente las baldas, dándole una capa de cola blanca con agua –el mejor y más barato tapaporos-, encerándola con amor… ¡Me esperan unas horas deliciosas trabajando en ella! ¡Qué maravilloso es ser independiente!

Bueno… ¿Independiente? Me he liberado por fin del “yugo” paterno, de la opresión de un hogar en el que todavía imperaba el “mientras vivas en esta casa harás lo que se te mande”. Pero no voy a vivir sola: con quien empiezo mi nueva vida es con Paolo, mi amigo, mi novio, mi amante, mi compañero. ¡Cuántas palabras a escoger cuando no puedes decir “marido”! Y es que eso de “pareja sentimental” suena tan, pero tan cursi… Quizá “pareja”, a secas. Eso es: mi pareja.

Llevamos apenas una semana juntos en el piso y está todo manga por hombro. Ahora no hacemos más que reír, pedir pizza y hacer el amor en todas las habitaciones. Tengo ganas de prepararle unos buenos macarrones *au gratin* y él dice que su tortilla de patatas es inigualable. Hemos arramblado con vasos y platos de nuestras casas –es decir, de casa de nuestros padres- y compramos en un chino un juego de cubiertos con el mango naranja. Yo me traje el cuadro del barco y el mar que parece que van a entrar por la puerta de la casa, *Entre Les Trous De La Memoire*, de Dominique Appia. Es MI cuadro; desde la primera vez que lo vi, lo amé. Teniéndolo a la vista, ya me siento en mi hogar. Paolo lo colgó encima de la cama, pero le hice cambiarlo de sitio porque allí no lo vería nunca. Ahora está en el cuartito pequeño, donde he puesto mi ordenador y donde pondré mi estantería de pino nueva-vieja y mis libros.

Paolo no ha llegado todavía. A mi alrededor, todo está lleno de bolas de papel de periódico, bolsas con los artículos más heterogéneos, y pelusa. Si mi madre lo viera así, le daría un patatús. Automáticamente, me pongo a recoger. Coloco en el baño las cosas de aseo, distribuyo en los muebles de la cocina todo lo que no es ropa (hay poco espacio) y cuando miro el reloj, veo que llevo más de dos horas sin parar. Estoy agotada. Sigue habiendo suciedad por todas partes, pero necesito un descanso. Preparo café y me siento, con un suspiro de satisfacción.

Mi casa. Mía. Nuestra.

Un wasap: Paolo viene ya. ¿Le pido que traiga bocadillos? No: mejor le sorprendo. Compré un paquete de macarrones en el súper y tenemos tomate frito en ingentes cantidades. Cocinaré para él.

¡Ya está aquí mi estantería! La han limpiado por encima, pero los libros que trae están llenos de polvo, así que me ato un pañuelo a la cabeza y me dispongo a sacudirlos y, de paso, echarles una larga ojeada. Me alegro de que Paolo no haya vuelto aún porque así puedo dedicarle a esto todo mi tiempo sin sentirme acuciada para hacerlo “rápida y eficientemente”, como se supone que hay que hacer las cosas.

Sentada en el suelo, desempolvo libros, cuadernos y carpetas. Estas últimas pesan, y me extraño. Abro una de ellas: hay dibujos hechos a lápiz, muchos dibujos. Un puente visto desde distintas perspectivas, una iglesia, rostros femeninos con el cabello corto y los labios brillantes, al estilo de los años veinte. Hay dos esbozos de desnudos integrales, apenas marcadas las líneas, como si al pintor le diera reparo plasmarlas nítidamente. No entiendo gran cosa de pintura, pero me parecen buenos, de rasgos firmes y a la vez ligeros. Todo toma forma con muy pocos trazos, las sombras dan luz y expresión, son fascinantes. Su fuerza trasciende a pesar de los años que amarillean el papel.

Los pongo a un lado para disfrutarlos más detenidamente. Mañana compraré cristales para enmarcarlos, serán una decoración artística y original para nuestro pisito.

Vamos, no me lo puedo creer: es un cajón secreto. ¡Como en una novela! No sé ni cómo lo he descubierto, estaba frotando para quitar una mancha más oscura y se ha deslizado el panel. ¿Qué habrá dentro? Son pliegos de papel crujiente, muy fino, creo que le llamaban papel de cebolla. Parecen cartas. Tienen fechas diferentes, algunas muy lejanas en el tiempo, otras correlativas. Pero… no están dirigidas a nadie. ¡Es un diario, un diario escrito en pliegos sueltos, seguramente porque la autora no tenía otra cosa en la que escribir!

Se acabó la limpieza. Entre papeles y libros a medio sacudir, me siento a la turca y empiezo a leer…

*Tenía miedo de que dieran conmigo y me he ido escondiendo por las calles, como la tonta pueblerina que soy. Me cubría el pelo con la toca, asustada de que mi melena, rojiza y frondosa, fuera inconfundible. ¡Estás en Madrid, Laura, en Madrid, no en tu pequeño y provinciano pueblo! Solo contaba con la carta de Márgara y la dirección de una fonda en Cuchilleros. La patrona me mira raro y no puede disimular una sonrisa torcida, despectiva, cuando me ve cubierta con el mantoncillo de crochet, pero su hija, por detrás, me guiña un ojo. Después se cuela de rondón en mi habitación y se presenta: “Soy Susana, me dice, ¿te manda Márgara, verdad?” Me siento agradecida por su compañía. Es joven, muy bonita, con el pelo cortado recto a la altura de la insolente barbilla, dejando parte de la nuca al descubierto. Yo me sentiría desnuda sin el peso de mi moño bien apretado, que parece mantenerme la cabeza más erguida, pero Susana dice que el pelo corto es algo más que una moda y que hay que acabar con horquillas y sujeciones.*

*Márgara me había recomendado a esta Susana, así que le tendí su carta, sin hablar.*

*Después de leerla y releerla, Susana me preguntó:*

*-¿La has leído?*

*-No –negué con la cabeza y con la voz, y me ruboricé. Susana rio, despreocupada:*

*-Ya veo que sí. ¡No sabes mentir, y es lo primero que debes aprender si quieres sobrevivir en los madriles, niña!*

*Me resultaba más mortificante que me acusaran de entrometida que reconocer el hecho de que no sabía leer; apenas si conocía las letras de vista, y eso gracias al Maestro J.*

*Lo que más me impresionó fue comprobar que Susana, que no me conocía más que por referencias escritas en un papel y que yo misma no entendía, estaba dispuesta a ser mi amiga de verdad, y no me refiero a esa amiga con la que hablar del joven que te mira al salir de misa o el que te sigue hasta la fuente, sino la que toma tu mano y te enseña todo lo que sabe aunque eso pueda inferir que algún día sepas más que ella. Susana está por encima de esas mezquindades y yo voy a estarlo también, lo juro.*

*Me hace que acuda al obrador de doña Antonia todas las noches después del trabajo para asistir a sus “clases” para muchachas trabajadoras y analfabetas, como yo. A veces estoy tan cansada que solo pienso en dormir, dormir, dormir… Las formas de las letras me recuerdan animales, flores, torres, dedos… cualquier cosa, pero doña Antonia dice que asociarlas con diferentes imágenes me ayudará a recordarlas mejor, y no me riñe sino que me anima. Las demás se reían los primeros días, pero ahora todas buscan parecidos y los lanzan en alta voz, como una buena broma a compartir.*

*No todas son de pueblo, y se nota. Las madrileñas tienen otro desparpajo, otra rapidez para lanzar al vuelo palabras y bromas; las provincianas, por contra, somos más serias, pero ponemos más empeño. Doña Antonia dice que es por el ambiente en que crecimos y la educación que nos han dado a cada cual, que ahí radica toda la diferencia, y que en eso mismo radican todas las diferencias que la gente achaca a la superioridad del hombre sobre la mujer, o de los blancos sobre los negros: solo en la educación y en las costumbres. Cuando empieza con ese tema ya te puedes relajar porque por mucho rato no hablará de otra cosa. Se “remonta” a las nubes con sus diatribas y sus sueños. Las chicas, a sus espaldas, la llaman “la sufragista”. También yo la llamo así, y me río, pero en el fondo la apreciamos mucho; pienso que ojalá tenga razón, ojalá sus deseos se cumplan un día y las mujeres tengamos algunos derechos igual que los hombres. Porque si fuera así, yo no tendría que haberme escapado de la casa de mi padre para venir aquí a trabajar, igual, de sol a sol también, solo para disponer penosamente de unas horas en el fin de semana en las que practicar lo que más amo en este mundo: pintar. Pintar en el estudio del Maestro J., mi maestro, el que me dijo que yo tenía madera y que me las arreglara como fuera para desarrollar mi vocación. ¡Soy mujer, Maestro, y ser mujer y pintora, es imposible!, le grité, pero él me puso las manos sobre los hombros, me sacudió violentamente –recuerdo que mis dientes entrechocaron entre sí- y me espetó: no tendrás perdón de Dios ni te perdonarás a ti misma nunca si no pintas, niña. Llevas los pinceles en la sangre, ¿no lo sabes? ¡Qué más da que seas mujer, como si fueras pájaro, si lo tienes, o lo sacas fuera o se te agarra en la garganta hasta que te asfixia! ¿No sufrirías tú la peor agonía si tuvieras que limitarte a casarte, tener niños y dedicarte a “labores propias de tu sexo”?*

*Menos mal que tuve a Márgara. Márgara dio la cara por mí ante mis padres, Márgara soportó el “no” escueto, definitivo, acompañado de la más absoluta desaprobación, y supo reírse (no de mis padres sino de las circunstancias, que otra cosa habría sido ofensiva para mí) y prepararme para el otro plan, para el salir corriendo con poco más que lo puesto y buscar en Madrid vida y futuro. ¿Que me dejo los ojos cosiendo ropas ajenas? También me los dejaba en el pueblo, con la diferencia de que aquí gano un jornal y puedo mantenerme a mí misma: allí mantenía a otros y me reprochaban cada olvido, cada mota de polvo que no limpiaba, cada botón descosido, cada plato falto o sobrado de sal.*

*A veces me siento sola, y quisiera llorar, y volver a oler los jazmines en la pechera del vestido de mi madre, y volver a ponerme, canturreando, seis horquillas en el moño y una séptima “para asegurarlo”, y sentarme con las piernas cruzadas –que no se te caiga una moneda sujeta entre las rodillas, como decía la tía Encarna- a la puerta de la casa, al fresco, al atardecer… Pero cojo estos libretillos que me trae Susana, y los leo, ¡los leo, yo, sin necesidad de que me los lea nadie, ni mi padre, ni mi hermano ni nadie!, y yo sola puedo decidir si me gusta lo que leo o si me huele a chamusquina; y toco mi cabellera grácil, ligera, ya no hay siete horquillas en ella, ya no pesa para hacerme echar la cabeza hacia atrás, ya puedo inclinarla para coser, para leer, para rezar o para hurtar la mirada y disimular la sonrisa. Siento que ahora es MI cabeza. Antes, no, antes no era ni mía, ni lo iba a ser hasta el día en que me muriera y al morirme ya sí sería mía. Toda mía, entonces, toda, para que aniden arañas en mi nariz, y abejas en mi boca y hormigas en las cuencas de mis ojos ciegos. Toda mía cuando ya no me sirva.*

Las cartas de la pintora no llevan firma, pero no se me ha escapado, en las primeras líneas, que se nombra a sí misma: *“¡Estás en Madrid, Laura, en Madrid!”*, se apremia. Se llama Laura. Laura, como yo. Las ojeo apresurada, antes de que Paolo entre en el cuartito y me pregunte qué hago. Siento que al compartirlas, aún con mi chico, las profanaría.

Voy leyéndolas a escondidas, a trozos, cuando estoy sola y tengo tiempo. El trabajo absorbe ocho horas de mi vida diaria seis días a la semana, más otra hora entre ir y volver, y acabo tan cansada… Cuando estoy de mañanas llego a casa con hambre y con sueño, me echo un ratito en el sofá pero mi propia conciencia me impide relajarme: ¡hay tanto por hacer! Aunque el piso es chico, no se limpia solo, y Paolo me ayuda mucho, pero, claro, hay cosas de las que él no tiene ni idea, y es de los que prefieren dejar los platos en remojo toda la noche y acumular vajilla en el fregadero… y yo no puedo, siento vergüenza y acabo fregándolos. Él me reprocha: ¿para qué los friegas, no los había dejado yo a remojo para que se ablandara la suciedad? Siempre te adelantas… Pero cuando no me adelanto y espero (porque tenga más cosas que hacer), los platos siguen ahí, y siguen, y hasta que no están todos inutilizables y tenemos que comer sobre el cartón de la pizza, no se pone a lavarlos. Luego queda un cerco oscuro en el fregadero, a la altura de donde estuvo el agua sucia. Él no se da cuenta, a veces pienso si necesitará gafas pero sé que no, por lo bien que distingue otras cosas que no vienen al caso.

Tampoco tengo mucho más tiempo para leer los papeles de Laura cuando estoy de tardes. Aunque voy de cuatro a doce, me levanto a las siete para desayunar con Paolo; él no empieza el curro hasta las once, pero se va a la Biblioteca del Campus, que está abierta a todas horas, y allí repasa con calma sus clases –es profesor de Clavicordio en una Academia- las prepara, en fin, no sé muy bien lo que hace pero encuentra la calma que en casa no tenemos. Yo lo comprendo: no me gusta trabajar en silencio, a veces pongo la radio a toda pastilla, otras veces prefiero cantar yo. Me gusta la copla española para limpiar, parece que todo queda niquelado mientras aúllo: *yo soy la otra la otra que a nada tengo derecho / porque no tengo un anillo con una fecha por dentro…*

No quiere decir que mi tiempo se vaya entre el trabajo y la limpieza de la casa, ¡claro que no, no soy una maruja! Me gusta leer algo, ver las noticias aunque sea en Internet, por la noche jugamos un rato a la *Play* o vemos alguna película…

A veces, cuando voy de visita a casa de mis padres, me meto en el que fue mi cuarto y que mi madre parece mantener como un santuario –solo ha metido la mesa de la plancha y una cajonera- y echo un vistazo a mis libros de texto. No suelo hacerlo casi nunca porque me invade una sensación tan… rara, tan deprimente. Es como si hubiera otra *yo* en alguna parte de aquel cuarto, observándome inquisitiva, seria. (¿Disgustada?). Otra *yo* que, de pronto, va a zarandearme, va a gritarme: ¿qué has hecho, loca?

-*Señores del jurado… Señoría…*

¡Qué niña tonta la que dormía aquí, soñando con el día en que vistiera toga y defendiera a mis tristes imaginarios injustamente acusados! ¡Sería el azote de los criminales, yo, con mi trenza pelirroja y mis pestañas bien embadurnadas en rímel para realzar la efectividad de mi mirada! Todo lo tenía bien urdido y no me importaba pasar las noches sin dormir para llevar al dedillo mis apuntes.

Pero llegó ese momento que siempre llega en la vida de una mujer, y entonces lo dejas todo por amor.

Mi momento llegó cuando Paolo se graduó en el Conservatorio. Queríamos pasar nuestra vida juntos, cada minuto que no nos veíamos era un minuto perdido, nuestras bocas se marchitaban si no contaban besos, nuestra piel se ajaba esperando la tarde y el contacto de la piel amada…

Tuve mucha suerte –hace siete años no había tanta crisis- y encontré trabajo a la primera. Seiscientos euros, ocho horas de pie.

Mi hermano no era partidario de que dejara la carrera:

-Estás en segundo, sacas unas notazas increíbles, ¿cómo vas a dejarlo, Laura, por Dios?

-Solo será por un tiempo –le intenté tranquilizar yo-, hasta que Paolo encuentre un trabajo adecuado a sus estudios y empiece a ganar dinero de verdad, entonces yo dejaré el *24 Horas* y retomaré mis estudios. Fácil, ¿no? Al fin y al cabo, lo principal es que estemos juntos, no queremos esperar ni un minuto más, ya han sido bastante duros estos años de novios.

Mi hermano no comprendía nada porque no estaba enamorado. No puedes explicarle a un ciego la belleza de una rosa, ni a un sordo describirle la Quinta Sinfonía. Solo los iniciados tenemos la llave.

Me parece un pecado pensar, aunque sea muy para mis adentros, si no habrá estado más acertado mi hermano que yo en su juicio. En realidad, la vida de novios tiene una serie de encantos que se van perdiendo cuando convives día y noche con tu pareja. Es maravilloso apoyar la cabeza en el pecho de tu amado para dormir… mas, al cabo de un ratito, a ti te duele el cuello y a él se le duerme el brazo. Parece nimio, pero de esas insignificancias está hecha la vida.

*El maestro me ha tenido todo el día mezclando colores en una paleta y probando pequeñas pinceladas en un trozo de tela emborronado. Dice que hay que empezar así, como si no recordara la cantidad de clases que me diera en el pueblo mientras pintaba los frescos de la iglesia, cuando todos creían que yo me metería a monja de un día para otro porque no salía de allí. ¿Ha olvidado acaso que incluso me permitió pintar a mí sola aquel querubín gordito? Parece como si todo lo vivido hubiera sido olvidado, como si tuviera la mente en otro lugar o en otra persona. ¡Si hasta chasquea los dedos al llamarme, como si le costara recordar mi nombre! Solo mostró interés cuando llegaron los señores V.I. y R.D. Entonces se permitió gastarme algunas bromas, se acercaba a mí para guiarme el pincel, incluso comentó que echaba de menos mi “maravillosa cabellera de fuego”. ¿No estará enfadado conmigo por haberme cortado el pelo, verdad? Recuerdo que lo admiraba mucho, incluso le hice de modelo para dos pequeños cuadros, uno de medio perfil y el otro completamente de espaldas, los dos de la colección de Buenos Aires. Sabe Dios quién los mirará ahora, quién pensará, sin conocerme, en mí.*

*Me estaban invitando a la tertulia de esta noche, en el café G… Naturalmente, me disculpé. ¡Una joven decente no acude a esos lugares!; pero cuando se lo conté a Susana, me reprendió, escandalizada: ¡dice que he perdido una valiosa oportunidad, que si quiero ser artista tengo que codearme con los artistas cada vez que pueda!*

*Y luego, con su sonrisa de labios muy rojos, añadió:*

*-Nunca se sabe dónde va a estar el hombre que te quite de coser, “ma chérie”.*

*¡No puedo comprenderlo! Susana, Adela, Natacha, todas las alumnas de doña Antonia hablan y hablan del derecho al voto, de la igualdad real del hombre y la mujer, de las injusticias enormes que se comenten en nuestro país –más incluso que en el resto de Europa- amparadas por el Código Civil y el Derecho Penal; doña Antonia nos ha hablado de las “sufragettes” inglesas, de cómo se enfrentaban a los hombres y devolvían golpe por golpe, llegando a provocar incendios y otros actos de vandalismo en la calle para llamar la atención sobre ellas. Yo soy totalmente contraria a la violencia, pero no todas mis compañeras son como yo.*

*Doña Antonia nos ha contado de cuando las “sufragettes” se ponían en huelga de hambre, en la cárcel, y las alimentaban a la fuerza bruta solo para luego, cuando estaban fuertes a su propio pesar, volver a enjaularlas, en una absurda cadena que era llamada “la ley del Gato y el Ratón”.*

*¡Adivinad quiénes eran los ratones!*

*Todo esto ocurría hace unos años, antes de la guerra de 1914. La guerra cambió muchas cosas, sencillamente porque cuando los hombres tuvieron que marchar al frente se descubrió que las mujeres, esas muñequitas débiles e inútiles que se desmayaban a la vista de una cucaracha, eran capaces de sacar adelante ellas solas a sus hijos, sus ancianos, sus casas, sus pueblos, ¡su país! Desde llevar el correo para que nadie quedara sin noticias hasta conducir ambulancias, autobuses y trenes, cuidar enfermos y heridos que morirían sin su ayuda, sembrar y cosechar la tierra, y todo eso conservando la armonía en las calles y en las casas, y sin dejar de sufrir cada mes “esos días en los que las señoras no valen para nada” (pero valiendo para todo), ni dejar de parir hijos sanos y revoltosos para que sus padres se los encontraran “medio criados” a la vuelta de su guerra.*

*Y es que ¡a los hombres les ha gustado siempre tanto luchar! Irse a la guerra, los tambores, el olor de la pólvora, quedarse en un hoyo para siempre o volver con honores, casi da igual, lo importante es que, al verlo, la mujer abra la boca y las piernas. Pobrecillos: les han enseñado que ser hombres se basa en conquistar, y no se les ocurre siquiera pensar que a veces ya está todo conquistado, que lo importante es conservarlo y no perderlo. Y es que fisiológicamente lo tienen todo muy fácil pero, a la vez, ¡carecen de tanto que a nosotras sí nos ha sido dado! Es lo que mis compañeras no acaban de entender y en cambio, Márgara y yo lo entendimos a las primeras de cambio: no somos iguales, somos diferentes, pero pares. Nadie busca la igualdad como un alfiler igual a otro. Más bien queremos que comprendan que hombre y mujer son… rosca y tornillo. Inservibles el uno sin la otra, pero distintos en nuestra bendita singularidad. Tampoco yo soy igual que doña Antonia, ni que Susana, ni que Márgara; siendo todas mujeres, tenemos unos puntos comunes y otros no. ¿Por qué nadie parece comprenderlo?*

*Por eso detesto cuando alguna de las chicas habla de “que la quiten de trabajar”. Admiran a mujeres que se codean con lo más “alto”, con condes, duques y hasta reyes, pero ¿cómo se codean?: ¡Se acuestan con ellos! ¿Hay quizá algo más “femenino” y a la vez “antifeminista” que triunfar gracias a la cama con un señor pudiente? Que no me digan a mí que esas mujeres tienen auténtica visión de futuro y que luchan por el resto. Yo seré de pueblo, acabaré de salir del cascarón, como dice Susana, pero no soy tonta. Yo no quiero eso. La igualdad, el respeto de igual a igual, no se consigue entornando los ojos y ofreciendo vientre y oídos. ¡Que no me cuenten cuentos! No vamos a conseguir que se aprecie nuestra verdadera valía de esa manera, ¡así solo nos darán la limosna que se da a la ramera que te ha dejado satisfecho!*

Qué valiente me parece esta lejana Laura de la cabellera de fuego. Yo también tengo el cabello rojo y en algunos momentos locos me pregunto si estas cartas de hace casi cien años, halladas en un cajón secreto, no habrán sido escritas para mí. Quizá otra “yo” de otros tiempos… como la que me mira incrédula desde las paredes de mi vieja alcoba.

Porque pasa el tiempo y yo me siento más cansada. Cuando Paolo me promete –por enésima vez- que me ayudará más, yo pienso: ¿ayudar? ¿Cómo que “**ayudar**”? ¿Dónde está ese papel firmado por mí en el que dice que, por ser yo la mujer, corre a mi cargo el trabajo de la casa? Barrer, limpiar el suelo, el polvo, la loza del baño, cocinar, lavar la ropa –sí, lo hace la lavadora, pero ¿quién selecciona las prendas, quién cuida de no mezclar tejidos ni colores…?-, tender –lo odio-, recoger lo tendido, ¡planchar!, y pensar un menú, hacer la lista de la compra, fregar los platos del desayuno, el almuerzo, la merienda, la cena… ¡No, ni siquiera “se dice pronto”! No es un “pasaviolín”, como dice Paolo, como yo misma decía cuando vivía en casa de mis padres y era mi madre la que se encargaba de todo porque mis hermanos y yo estábamos estudiando, y papá… era “el hombre de la casa”.

¡Y todavía el señor me explica que él viene cansado cada día y tiene que subir tres plantas sin ascensor con la bolsa de la compra! Pero ¿en qué te has metido, Laura, Laura la de la trenza? Yo creía que el amor y la convivencia eran otra cosa… Yo creía, lo creía de verdad, que lo compartiríamos todo, que –como en una de esas películas bobas que nadie debiera creer- yo fregaría y él enjuagaría… y entre plato y plato tal vez se escapara un beso… Yo creía que cocinaríamos juntos, compartiendo algún mordisquito al pan y chocando nuestras rutilantes copas de vino rosado…

Pero, no: él se está comiendo mi parte del pastel y a mí solo me deja el plato con las migajas… (El plato para fregarlo después, evidentemente).

Hace un tiempo, Paolo consiguió un empleo mucho mejor pagado y *nos compramos* un coche nuevo. Yo elegí el color: azul, como los sueños. Él lo hubiera preferido rojo, pero fue magnánimo, ya que el modelo y la marca los había elegido él y además estaba a su nombre. Nada que alegar: quien lo usa es él, yo apenas si me habré montado para ir unas cuantas veces a la playa, el verano pasado. Como mi horario sigue siendo el del *24 Horas*, me viene mejor coger el autobús para todo y de camino contribuyo a mantener limpio el Medio Ambiente.

El único problema es que se me está olvidando conducir. Hace un par de meses se lo comenté y decidimos que me lo dejaría guiar alguna vez. Cuando me senté en el asiento del conductor, me pasó una cosa un poco chocante. Pensé: ¿y si rayo el coche nuevo…? Y me bloqueé. Le pregunté:

-¿Dónde estaba el freno, a la derecha o a la izquierda?

Y él me dijo:

-Mira, Laura, bájate, que no nos falta más que un trastazo, ahora.

Y en eso quedó mi último intento de conducir. Total, si voy a seguir yendo a los mismos sitios cada día, y el autobús llega a todas partes.

*Se rieron de mí cuando les confesé que lo que más anhelaba en mi vida era… pintar. Al parecer, si fuera “escribir”, lo comprenderían. Las mujeres escriben, ya en el siglo pasado escribían y en el anterior también: desde la segunda mitad del XVIII parece que las mujeres decidieron escribir.*

*¡Qué estupidez decir eso, y mucho más estúpido creerlo! Las mujeres han escrito desde siempre, cuando podían, en papel, y cuando no, en sus cabezas, en sus entrañas, solo que no lo confesaban porque era algo* ***inconfesable*** *y las más atrevidas, como mucho recurrían a seudónimos masculinos, como las Brontë. ¿Quién va a creerse que el gusto artístico nos ha dado “de pronto”, como un virus, como una moda? ¿Quién me va a hacer creer a mí que yo sea la única mujer que puede, quiere y sabe pintar…? Que PINTA, porque se han llegado a exponer mis cuadros –firmados con seudónimo, indiscutiblemente- junto con los del Maestro y otros dos discípulos y nadie ha notado nada, ninguno de esos críticos súper entendidos ha dicho “aquí veo la mano pecadora de una fémina”.*

*Mis compañeras se rieron de mí. Susana, no. Susana me trajo telas y pinceles y me besó las manos. La quiero, la quiero tanto… y a pesar de ello, dejarme guiar por ella me está haciendo daño. Me resisto día y noche. Ella me incita, me dice que no hay nada que perder, que tendré las puertas del mundo abiertas, que siempre habrá otras que se ocupen del trabajo duro y de la lucha, que ya no es mi tiempo de ser letrada y que me deje llevar, que solo se vive una vez y ésta es mi vida.*

*A Dios rogando y con el mazo dando, me dice entre risas.*

*Llevo en Madrid ocho años. Llegué con veinte abriles y un bagaje de ensueños y temores y no he cambiado tanto, en el fondo, o sí pero no me doy cuenta. Sigo teniendo tanto miedo siempre a todo… Si estuviera aquí Márgara, si pudiera preguntárselo a ella, me quedaría más tranquila, pero Márgara se enamoró hace años, se casó y se perdió para el mundo, su marido no autorizó que siguiera trabajando, se la llevó a su finca en los campos de Córdoba y allí se pudre, criando rorros y presidiendo mesas de caridad de esas que la hacían apretar los labios conmiserativamente cuando defendía el sufragio y la igualdad entre hombres y mujeres*

*Y qué tontería, ¿qué iba yo a consultar con Márgara? ¿Mi virginidad? ¡Se reirían de mí igual, la Márgara de antes y la Márgara de ahora, y me ordenaría: “¡hazlo! ¿Por qué ellos sí y tú no?” y no comprendería que, hoy por hoy, ésa no es, para mí, una respuesta. Porque ellos pueden y nosotras no podemos; no sin estar casadas, no mientras la naturaleza mantenga sobre nosotras esa espada de Damocles que es la preñez…*

La píldora anticonceptiva hizo más por la liberación de la mujer que cien años de la más cruenta lucha feminista. Leyendo este medio diario de “la otra Laura”, me doy cuenta de la tranquilidad que tenemos hoy día las mujeres, del equilibrio con que podemos elegir: “voy a ser madre” o “no lo seré mientras no lo decida **yo”**. Nos decían que la píldora nos haría engordar, que nos saldría vello por todo el cuerpo, que nos impediría ponernos morenas, ¡cuánto miedo, caramba, qué cobardes todos aquellos hombres que sentían que una mujer LIBRE de verdad los convertiría a ellos en tristes peleles psicológicamente castrados!

Ojalá tuviera más tiempo para leer los papeles –son tantos y tantos- de Laura. Es que cuando Paolo no está en casa siempre tengo mil cosas que hacer. Y corro, corro, porque por fin he hecho caso a mi corazón y lo he planteado: voy a volver a estudiar. Puedo trabajar a media jornada, el coche está casi pagado. Durante mucho tiempo nos estuvimos apretando el cinturón para que Paolo hiciera sus dos másters, aquello implicó que dejara algunas clases y casi todo el dinero que entraba en casa lo ganaba yo. Así que ahora que estamos mucho mejor, él no ha podido negarse. Incluso ha prometido que hará algo más en la casa. Y si no lo hace, da igual: tampoco yo lo haré. Es la única manera de incentivarlo: he comprobado que es capaz de poner la lavadora por sí solo cuando no tiene ni unos bóxers limpios. Suspirando, claro, pero, oye, como decía Bécquer, los suspiros son aire y van al aire…

*Sabía que no podía esperar ayuda económica del Maestro J., pero es que me ha cerrado la puerta de su estudio y me ha dado la espalda. Ya no soy nadie para él, ya no soy su Niña de Fuego, su musa, su Dama Roja… ¡ridiculeces de viejo enchochado que por fin consiguió lo que llevaba años persiguiendo! Me llevó a la cama, me preñó y adiós muy buenas. Se ha ido a Buenos Aires, allí tuvo mucho éxito su primera exposición, lo llamaban, va a venderlo todo, tiene encargos… Se ha llevado mis cuadros y me ha dejado algún dinero, menos mal que se lo dejó a R.D., el único que sé que es hombre de bien… a pesar de sus confusas pasiones o precisamente por ellas. Solo en él y en Susana puedo confiar, y los dos me han aconsejado que vuelva a casa, a mi patria chica, con los míos. Ilusos. Solo una visita he hecho en este tiempo a casa y poco menos que me recibieron con la escopeta cargada. Para padre, yo era una desgraciada porque me fui de casa, porque trabajo, porque no tengo un marido. Volver a casa con la barriga sería ya admitir que soy puta, da igual que lo hiciera por amor y solo con un hombre, aquel que me enseñó todo cuanto quería saber para mi vocación. No tengo por qué darle explicaciones a nadie.*

*Tengo mis manos para seguir cosiendo y tengo el dinero que me dejó J. Susana dice que él venderá mis cuadros en mucho más, y tal vez sea así pero ¿acaso puedo hacer algo?*

*Últimamente, no hago más que pintar cabecitas redondas y pelonchas, y ojos grandes, profundos, como los suyos… se me va el santo al cielo.*

Y yo no hago más que leer poemas, comer helado de chocolate y llorar.

“Tu desamor me muerde las entrañas…

Mi corazón se quiebra cada día…”

Todo se acabó. Paolo se fue, me ha dejado, dice que “no podía más”, que yo no era “una mujer”, que me había convertido en una “loca sufragista”, con esas mismas palabras, como si no supiera (quizá no lo supiera, decimos tantas cosas sin saber verdaderamente qué significan…) que las sufragistas luchaban por el voto femenino, y que éste hace mucho años que lo tenemos en España, concretamente desde el referéndum de 1977. Ya antes lo conseguimos, en la segunda República, pero todo avance se volvió a perder bajo las notas del *Cara Al Sol.*

Menos mal –aún debo dar gracias- que cuando se fue todavía yo no había dejado la jornada completa en el trabajo. No la dejé, y así podré seguir viviendo independiente y estudiando. No sería justo que ahora volviera a casa de mis padres a abusar de mi madre, que ya tiene sus años y está como loca cuidando de su primer nieto mientras mi cuñada trabaja. Yo tengo que salir sola adelante y estoy segura -¿sí?- de que podré; al menos lo intentaré. Yo sola ensucio poco, así que la casa no va a comerme mucho tiempo, no se lo permitiré. Estudiaré en la Biblioteca para ahorrar electricidad. Todo está pensado, permitidme, mientras, que llore por mi amor perdido…

*El muy hijo de… mediante R.D me ha mandado más dinero., me ha hecho llegar las telas que le quedaban en su estudios –las que ya estaban cortadas, a la medida que ha querido él- y sus pinturas a medio gastar… No he podido evitarlo, las he tirado al suelo, he saltado sobre ellas (ya sé, ya sé, no debo saltar con el niño en las entrañas…), he pisoteado las telas y he escupido sobre el dinero. La carta la he roto sin leerla… pero cuando R.D. se marchó me puse a gatas, sollozando, hasta juntar cada pedacito para leer lo que el canalla de mi amante me decía desde las Américas. Después, les prendí fuego y lloré hasta que se quemó el último papel.*

Ahora que tengo tiempo para leer los diarios de Laura, es desplegarlos y empiezo a llorar. Ella fue abandonada por su Maestro, yo por mi… pareja, un siglo entre las dos, ¿qué diferencia hay? Siempre sufriremos por amor, pero eso no es por ser mujeres, es por ser seres humanos; en otro lugar –quizá en el piso de al lado- hay también hombres llorando por un desamor. Lo triste es todo lo demás, el entorno, Laura –la otra Laura- llevando su cruz por culpa de unas leyes que no permitían que la madre soltera pudiera mantener la cabeza erguida, yo llevándola por no haber querido someterme al dominio de un hombre que pensaba que mi **deber** era mantener “su” casa limpia y cerrar la boca. Mis estudios, mi vida, mis ansias, eran mucho menos importantes que sus necesidades. El coche estuvo antes que mi carrera. Si pensábamos tener hijos algún día, sería yo la que tendría que dejar mi trabajo, aunque para entonces tal vez estuviera yo ganando más que él. Su orgullo de varón tenía que primar y yo, como mujer, inclinar la testuz y someterme.

*Mi hija ha nacido el primero de septiembre de 1931. Es un día histórico: por primera vez hay dos mujeres en el Congreso de los Diputados: Victoria Kent y Clara Campoamor. Le he puesto Susana Clara. Susana se ríe de mí y dice que es un nombre muy raro, pero yo le digo que el primero es por amor y el segundo por admiración y agradecimiento. Aunque yo no llegue a conocer esas ventajas, mi hija sí las conocerá, y doy gracias a muchas mujeres que han luchado por ello, pero, sobre todo, a doña Clara.*

Susana Clara… por Dios… hay una Susana Clara en mi familia: mi abuela, la madre de mi madre. Nació en Madrid, pero se la trajeron cuando era un bebé por no sé qué circunstancias, y la criaron sus abuelos.

*Qué doloroso es irse… irse para siempre… pensar que no voy a ver sus primeros pasos, que no va a darme sus besitos tiernos, que no estaré para velar su sueño ni sabré nunca si sus manos guiarán los pinceles como las mías o las de su padre.*

*Pero he de hacerlo. No tengo fuerzas ya, y es lo mejor para ella. No tengo otra salida, no en esta España que me cierra puertas. No puedo seguir aquí, pero mucho menos volver a mi casa, la casa de mi padre. Me apedrearían los niños por la calle… eso fue lo que me dijeron cuando fui a verles aquella vez. Pero a mi niña no la rechazarán; si yo no estoy, ella ya no es la hija de la vergüenza, sino de la tragedia. Y la tragedia, si tiene una moraleja -crimen y castigo-, se perdona.*

*¿Me perdonará Dios a mí por lo que voy a hacer…? Perdóname, Padre, pues he pecado… pero, ¿qué digo? ¡Claro que Dios me perdonará por esto… a quien tal vez no perdone es a los que me han obligado a hacerlo!*

Me he graduado *cum laude.* Estoy aquí de pie, delante de compañeros, padres, profesores, amigos… y no tiemblan mi voz ni mi corazón. Me toca hablar a mí: no me da miedo. Sé lo que tengo que decir.

-Quiero dar las gracias, ante todo, a mi bisabuela Laura Luján porque ella fue la que me empujó para dar el primer paso en esta nueva vida que empieza hoy…

Veo cómo los miembros de mi familia se miran entre ellos, desconcertados. Se preguntan: ¿de quién demonios habla la niña…?

Pero ella –la otra Laura-, desde donde quiera que esté, desde un punto lejano en el tiempo y cercano en el espíritu, me sonríe, lo sé, y sus hermosas manos, las que sabían captar cualquier sentimiento con cuatro pinceladas, aplauden desde el cielo; aplauden, victoriosas, para mí…